

despojan, que los exterminan de la faz de la tierra, porque sufren con paciencia todas las injurias que les inferen. Ahora es verdad que los buenos no pueden ni deben vengarse; mas día vendrá en que, libres de las pasiones humanas, y por puro amor á la justicia, levantarán las manos al cielo y gritarán á Dios: *Vindica sanguinem nostrum*. Dios, que ha reservado para sí la venganza, escuchará aquellas voces, concederá lo que pidan, y hará comprender á todos que ni su bondad le prohíbe castigar la culpa, como pretenden los infucos, ni es impropio de su justicia vengar las ofensas que se les han interido en los suyos.

CAPITULO IV.

Bondad de Dios.

- I. ¿Por qué permite Dios el mal moral?—II. ¿Por qué la Santa Iglesia, no sólo es perseguida, sino dominada por sus enemigos?

Las objeciones que hemos examinado más arriba herian uno ú otro de los atributos divinos. Las que tratamos de examinar en este capítulo, si bien ofenden más directamente á la bondad divina, no dejan de ultrajar también á la Providencia, á la sabiduría y á la misericordia del Señor. Hé aquí la primera. ¿Cómo puede decirse bueno el Señor, llegando á permitir el mal moral, que es para el hombre tan dañoso? ¿Cómo es Omnipotente si quiere impedirlo y no puede? Si puede y no quiere, ¿cómo es infinitamente bueno? La otra se refiere de un modo más particular á los males á que la Iglesia santa está sometida. Si es como realmente se dice, la familia de Dios, el pueblo predilecto, la nacion escogida, ¿por qué, no sólo está siem pre perseguida, sino tambien dominada frecuentemente por sus enemigos? No hay que decir que estas dificultades son presentadas sólo por los impíos, los cuales por esto blasfeman del Señor, ó no creen en El; porque á veces hasta los buenos quedan por ellas turbados, ya que no conmovidos. Hé aquí por qué será utilísimo dar á ellas una clara y plena contestacion.

I. *¿Por qué permite Dios el mal moral?*—Si esta pregunta se hace por aquellos temerarios que con altivez pretenden pedir á Dios cuenta de sus obras, no debe darse otra contestacion sino ésta: «Que Dios lo permite así, porque así place á su Majestad divina.» Si no satisface á su profunda razon, basta que satisfaga á la infinita sabiduría de Dios. Mas por si alguno, con la debida humildad, sea por esclarecer mucho más su inteligencia, sea

por confortar cada vez más su espíritu para la sumision, hace aquella pregunta, hé aquí algunas razones que pueden dar cierta idea de las obras de Dios.

Para que Dios no debiera permitir el mal moral se requeriria una de estas dos cosas: ó que fuese incompatible con las perfecciones divinas, ó que no lo consintieran las exigencias de la naturaleza humana que ha formado. En el primer caso, es notorio que Dios, en tanto no lo podria permitir, en cuanto no puede destruirse á sí mismo; en el segundo, no podria tampoco, so pena de ponerse en contradiccion con sus obras. Mas ni lo uno ni lo otro ocurre absolutamente.

Que la naturaleza intrínseca del hombre no requiere que esté dotado de impecabilidad, no es difícil comprenderlo. Porque, ¿qué es el hombre? Es un sér dotado de entendimiento y de voluntad, que exige, si no se quieren violentar sus naturales propensiones, que se le deje disponer libremente de sí mismo. Santo Tomás observa oportunamente que ningun sér puede ser libre si no es tambien inteligente; mas es verdad asimismo lo contrario, ó sea que á ningun sér inteligente, quien tratarlo quiera de un modo conveniente á su naturaleza, puede negarle la libertad. Realmente, ¿á qué fin se le hubiese dado, sea la facultad de conocer el bien y el mal, sea la de aborrecerle ó de amarle, si despues no hubiera podido escoger libremente el uno ó el otro? Mas si le reconoceis esta facultad (y no podeis negarla sin negar la dignidad del hombre), ha de ser posible tambien el mal moral.

Sería preciso que reputáseis innecesaria en el mundo la libertad. Mas entónces tanto valdria que quitáseis del mundo la virtud, el vicio, todo concepto de órden moral, y estoy por decir el hombre mismo. ¿A dónde irian á parar aquellas virtudes que procuran vencer por todos los medios posibles la soberbia que nos domina el espíritu, ó la concupiscencia que nos corrompe la carne, ó la avaricia que nos arroja en el fango, ó la iracundia que nos lleva á la venganza y al crimen? ¿A dónde aquellas

virtudes que levantan al hombre sobre sí mismo, como la fé que une á Dios la esperanza que reposa en El, la caridad que lo abraza y estrecha? Quitada la posibilidad de lo contrario no bien se suprime la libertad del hombre, todas aquellas virtudes no pueden ya concebirse. Igualmente perderian el nombre de vicios, de delitos y de pecados las costumbres y las acciones que á dichas virtudes se oponen. Sin libertad, no son punibles los hurtos, las opresiones, las liviandades, los homicidios, las matanzas. Sin libertad, resultan inocentes los Nerones, los Decios, los Tiberios, los Dioclecianos y los demás mónstruos de crueldad, de soberbia y de lascivia que han contaminado el mundo. ¿Quién juzga culpable á una serpiente que ha dado la muerte á un hombre con su veneno? ¿Quién juzga reo á un tigre que lo ha destrozado?

Pereceria, por último, sin libertad todo motivo de mérito y todo concepto de órden moral, porque así el uno como el otro resultan sólo de hacer el bien libremente. ¿Por qué se aprecia en el mundo la fortaleza del capitan, la erudicion del sábio, y mucho más la constancia del juez, la generosidad del limosnero y la caridad del que se sacrifica á sí mismo por el prójimo? Porque se ve en todo esto el esfuerzo libre de una voluntad constante de seguir haciendo, á través de todas las dificultades intrínsecas y exteriores, el bien de todas aquellas virtudes. Si estuviesen constreñidos por una necesidad fatal, cesaria de repente todo concepto de órden moral en todas aquellas acciones, y toda razon de mérito: el hombre no tendria mayor derecho á la estimacion cuando diese la vida por su hermano, que la que merezca un jumento al encontrarla cayendo en un precipicio. Hé aquí por qué para tratar al hombre segun su naturaleza y con aquel miramiento de que habla la divina Sabiduría, requeríase un órden de cosas en el cual, despues de conocer á Dios, pudiese adorarlo, bendecirlo y amarlo, ó bien olvidarle y hasta volverle las espaldas. Requeríase que, conocida la voluntad de Dios en la ley que por la naturaleza y por expresa revelacion le hu-

biese impuesto, pudiese observarla con obediencia ó resistirla con terquedad. Requeríase, en una palabra, aquello que Dios ha hecho realmente, ó sea que nos dejase la libertad de extender la mano á todo lo que mejor nos plazca, y permitiese aquellos desórdenes, que son una condicion necesaria de la virtud, del mérito, y de la remuneracion propias de la naturaleza del hombre.

Direis acaso que á un precio demasiado subido se compra esta libertad que nos produce tantas dificultades, y que nos precipita en un abismo de tantos males; y que, por consecuencia, aquí es donde la divina bondad viene, al parecer, á ménos, y queda eclipsada. Mas, lector cortés, aquí no viene á ménos la bondad divina, sino que toma proporciones gigantescas la malicia humana. Pues si por una parte deja Dios al hombre la libertad del bien y del mal, á fin de que contraiga mérito, le hace por otra excitaciones innumerables para que de hecho no cometa el segundo. Como la madre amorosa, que, miéntras deja á su tierno hijo dar por sí solo algunos pasos para que adquiere la costumbre de andar, no se aparta de su lado para socorrerle no bien tropiece, Dios, si bien nos permite la libertad del bien y del mal, para retraernos de éste y empeñarnos en aquél echa mano de industrias innumerables. Primeramente nos hace distinguir el uno del otro, y previene nuestra voluntad con su ley. Despues no nos fuerza, por ser esto incompatible con su honor y con el nuestro, mas nos alienta con la esperanza de bienes más inestimables si hacemos lo que nos manda, y nos amenaza con los más graves castigos si somos rebeldes. Y no contentándose con voces exteriores, confórta nos con mil especies de gracias interiores. ¿Se trata de cometer cualquier culpa? Despierta en nosotros un horror súbito. ¿Estamos prontos á retraernos y á alejarnos de ella? La conciencia nos hace sentir pronto una íntima aprobacion. ¿Extendemos incautamente la mano al mal? Hé aquí que pronto asoma su faz el remordimiento, que desde que el crimen se ha consumado, no nos deja hasta

que lo ha borrado un pesar profundo y sincero. Y esto para no decir nada de todo aquel magisterio de luces á la mente y de afectos al corazon, con los cuales amorosamente nos asedia; para no decir nada de la institucion de la Iglesia, que, fundada en el mundo, difunde abundantemente socorros para el bien, y tantos auxilios poderosos contra toda especie de mal; para no decir nada de aquella delicadísima distribucion, mediante la cual en cualquiera de nuestras acciones no se exige sino la culpa proporcionada al conocimiento que hayamos tenido. No acabaríamos nunca si hubiéramos de decirlo todo. Pregunto únicamente: ¿qué más podia Dios hacer por el hombre? Si éste no quiere servirse de nada, sino que, obstinado, resiste los preceptos, desprecia las invitaciones, se burla de las amenazas, desdeña las promesas y se rebela contra las luces que Dios hace brillar en su mente, ¿quién se atreverá á culpar á Dios si lo deja persistir en el mal, que con tanta facilidad podia evitar? Es más cómodo ciertamente decir blasfemias de Dios, que reprenderse á sí mismo; insultar á la Providencia, que poner los medios para salvarse; atribuir la culpa á la bondad divina, que á la propia malicia; pero juzgad si es tambien lo más justo, lo más razonable y lo más piadoso.

Réstanos ahora ver si aquello que no exige la índole y la naturaleza del hombre, lo requiere la bondad divina, ó, lo que vale lo mismo, si ésta es la que no puede conciliarse con la permission del mal moral. ¡Cómo! Tan falso es que la bondad divina se opona á esta permission, que Dios puede, por el contrario, permitir el mal moral porque sabe y puede sacar del mismo el bien, y un bien que grandemente exceda al mal que permite, á causa de su omnipotente bondad. Así lo enseña San Agustin. *Neque Deus omnipotens cum summe bonus sit, ullo modo sineret aliquid mali esse, nisi usque adeo esset omnipotens et bonus ut bene faceret etiam de malo.* En primer lugar, logra ser glorificado, que es el único bien que puede conseguir de sus criaturas, y lo consigue con una manifestacion

esplendísimas que hace de sus atributos. La misma ley con que desde un principio prohíbe el mal, demuestra súbitamente el dominio supremo que tiene sobre todos los hombres, y la santidad infinita que le es propia, puesto que obligale á oponerse á todo lo que es ménos recto y santo. Basta esto para distinguirlo de todos los que fueron venerados como dioses sin serlo. ¿Permite despues que sea violada esta prohibicion suya? Hé aquí que pone de manifiesto, no sólo su paciencia y su benignidad, sino tambien una longanimidad verdaderamente inestimable. Sin embargo de que es un Sér que todo lo conoce, que todo lo puede, que es invitado por la santidad y la justicia á vengarse de sus enemigos, soporta todavía, y hasta continúa colmando de dones sobre todo encarecimiento preciosos, á los que tan inconsideradamente lo insultan, manifestando así una benignidad y una paciencia que son divinas. Ciertamente, cuando nosotros vemos á un pecador protervo y obstinado, que no en un ímpetu de alucinamiento, ni en un acceso de pasion, sino durante toda su larga vida, no hace más que ofender á Dios atrocemente, exclamamos en el fondo de nuestro corazon que se necesita ser Dios para ser bueno hasta tal punto. ¿Se rinde, por fin, este infeliz y se convierte al Altísimo? Abresele otro piélago de bondad y de misericordia. El perdon que concede, si se considera la excelencia infinita del que perdona y la extremada vileza del perdonado, es un exceso de misericordia. La facilidad con que perdona, si se atiende á la multitud y gravedad de los pecados, ó á las pocas lágrimas con las cuales se contenta, es un exceso de amor. La abundancia y riqueza de los dones que dispensa inmediatamente á sus enemigos, la circunstancia de cerrar el infierno bajo sus piés, y el derecho que les concede á la vida eterna, son un exceso de bondad, estupenda sobre todo encarecimiento. ¿Persevera despues mucho tiempo en el bien? Hé aquí otra de las glorias más ilustres de la bondad divina, porque no es gran cosa que á Dios se sometan criaturas incapaces de rebelarse por ceder casi á una fuerza mayor

que las impulsa; mas es un triunfo al mismo tiempo de la bondad, de la hermosura, de la amabilidad, del poder y de la gracia de Dios, que libremente se sometan á El criaturas que se podrian rebelar, y que lo hagan constantemente, superando los gravísimos obstáculos que les oponen las pasiones en el interior del corazon, y el mundo con sus eternos engaños. ¿Persevera, por el contrario, el impío en el mal, en él obstinándose hasta la muerte? Dios, despues de haber mostrado abismos de dulzura, de clemencia, de misericordia, y de haber repartido profusamente tesoros de paciencia, de gracia y de amor, en el acto con que, por último, le hiere hace resplandecer una santidad y una justicia, de las cuales nunca el mundo, sin la permission de la culpa, hubiese podido formar concepto. Es verdad que parece duro á no pocos que Dios saque á veces su gloria más de la justicia que de la misericordia; pero ¿qué culpa tiene Dios de que algunos, para pecar más impunemente, trastornen su inteligencia, y de que, contra cuanto enseñan la razon y la fé, imaginen que Dios sólo es bueno, siendo así que es bondad y justicia, verdad y misericordia?

No quiero decir con esto que la gloria divina esté separada de la providencia amorosa relativamente á nosotros; porque aún en esto de admirable manera brilla la bondad de Dios, que sabe servirse de la perversidad del hombre en provecho del hombre. Las Escrituras Santas nos describen extensamente cómo Dios se valió de los asirios, de los caldeos, de los egipcios y de los romanos para saludable castigo de las infidelidades que cometia el pueblo de Israel. Y las historias eclesiásticas acreditan igualmente que Dios se valió de la ferocidad de los vándalos para reprimir las liviandades de los africanos; de la barbarie de los mahometanos para castigar la perfidia de los griegos, y casi en nuestros dias, de la espada de Napoleon I para dar su merecido á todos los monarcas de Europa, que tanto habian perseguido á la Iglesia. Además válese Dios de la malicia de los impíos para el pro-

vecho espiritual de los justos. Así, para la mayor estabilidad de la fé, y para la gloria de los mártires, hizo servir la malicia de los tiranos perseguidores. Para la ilustracion de los misterios y la gloria de los Santos Doctores, hizo servir la impiedad de los herejes; y así como cada día se sirve de la malicia de los espíritus infernales para ejercitar en todo género de virtudes á sus escogidos, se vale de los perseguidores, de la perversidad, de las prepotencias y de las opresiones, con las cuales los malos oprimen á los buenos, á fin de que estos persistan en la virtud, la aumenten, y, por último, alcancen la corona.

Fuera de que del desórden de la culpa supo Dios sacar un bien que hasta tal punto vence y traspasa todos los males, que en un ímpetu de ternura ha hecho exclamar á la Iglesia santa: «¡Feliz aquella culpa que lo ha proporcionado!» Aludó al misterio inefable de la Encarnacion, que se verificó por causa de la culpa. Ahora bien: para comprender cuánto este bien supera todo mal, sería indispensable comprender el bien que es en sí propio Jesucristo Redentor. Como expiacion del pecado, la Encarnacion vale tanto cuanto valen cerca de la Trinidad sacrosanta los obsequios de la humanidad sacratísima de Cristo, cuanto vale esta humanidad por causa de la union hipostática con el Verbo divino, cuanto valen los méritos que Cristo contrajo durante toda su vida mortal, y principalmente en su hora última, aquella interpelacion, como la llama el Apóstol, que continúa El siempre cerca del Padre. Como fuente de salud para nosotros, de la Encarnacion derivan á los hombres tesoros de luz, de conocimiento y de amor, que sin ella nunca hubiéramos podido recibir. De ella nos viene una profusion de gracias sobrenaturales, y el valor de un sacrificio divino, y la virtud admirabilísima de los Sacramentos, y la caridad que justifica, y la deificacion que por medio de ella se hizo del hombre. Bienes todos tan excelsos y preciosos, que para ser expuestos se requerian grandes volúmenes. Fingid, para formar alguna idea, que un privado hu-

biese perdido el respeto á una princesa real, y que despues, por vía de compensacion, se hubieran presentado á ella todos los príncipes, todos los Monarcas, todos los Emperadores de la tierra, y con las lágrimas en los ojos, y con las protestas más humildes, la hubiesen ofrecido satisfaccion: ¿no os parecería largamente recompensada aquella falta de respeto? Y sin embargo, ésta es sólo una imagen pueril si se emplea para explicar el valor, el mérito, la satisfaccion, la compensacion ofrecida por Cristo para expiar nuestros desórdenes. Si es cierto, como es certísimo, que una gota de aquella sangre, un suspiro de aquel corazon, una lágrima de aquellos ojos, una palabra de aquella boca, una mirada simple al cielo, hubiera sido bastante para compensar absolutamente la multitud sin medida de todas las humanas maldades, ¿cómo no debian, pues, superabundar infinitamente tantas atrocidades sufridas por El? Y si la culpa debía ser para Dios ocasion de tanta gloria y para los hombres de tanto bien, ¿por qué no habia de permitirse? En cuanto á mí, que se escandalice ahora quien quiera porque Dios permite en el mundo tantos desórdenes; si yo tengo que escandalizarme, lo haré sólo porque les ha dado una compensacion tan excesiva.

Sólo que contra lo dicho hasta aquí se levantan algunos más perspicaces, y dicen que entre tantos órdenes de providencia de que Dios podia echar mano respecto de los hombres, pudo elegir uno de aquellos en los cuales libre y eficazmente hubiera impedido todo desórden. Y si podia, ¿por qué no lo ha hecho? Un padre no puede exponer á su hijo á un riesgo en el cual prevé que podrá perecer: ¿por qué no decir otro tanto de Dios? ¿Por qué? Porque decir esto sería una diabólica temeridad. Dos caminos, observadlo bien, podia escoger Dios: ó un órden en el cual libre y eficazmente al propio tiempo no hubiera pecado el hombre, ó un órden en el cual, abusando de su libertad, hubiera cometido la culpa. Quereis hacer para Dios una ley segun la cual escoja el primero siempre, y nunca dé lugar